RECTORÍA DE NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZÓN

Hora Santa Juvenil

Canto entrada y exposición del Santísimo Sacramento

1. El misterio de nuestra fe

Como cada jueves, Señor, te haces presente entre nosotros para bendecir nuestra semana, acompañarnos y platicar un momento. Los adolescentes y jóvenes de esta Arquidiócesis de Yucatán te agradecemos por ser nuestro amigo fiel, que asumes la forma del pan porque deseas estar con nosotros y ser partícipe de nuestras vidas, mientras tratamos de acercarnos y parecernos más a ti.

El Papa Juan Pablo II nos recordaba que la Eucaristía es el "misterio de la fe", como la llaman nuestros sacerdotes después de consagrar el pan y el vino durante la Misa: "Ella une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación. El Hijo de Dios se ha hecho hombre, para reconducir todo lo creado, en un supremo acto de alabanza, a Aquél que lo hizo de la nada (Carta Encíclica Ecclesia de Eucharistia, n. 8).

Hoy, contemplamos este misterio que recibimos de ti, Jesús, porque deseaste quedarte con nosotros después de tu muerte y resurrección, en este sacramento de tu cuerpo y sangre, que se actualiza todos los días. "La Eucaristía, presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los fieles y su alimento espiritual, es de lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar por la historia" (ídem, n. 9).

Muchas personas necesitan hoy una compañía constante, que puedan percibir como un apoyo ante las circunstancias difíciles, pero no todas te conocen o se han desviado de ti, que eres Camino, Verdad y Vida (cf. Jn 14, 6). Derrama tu Espíritu sobre nosotros para que, durante esta hora, reflexionemos acerca de cómo ser esa presencia fiel para los demás, que acompaña, escucha, consuela y lleva hacia ti.

Ahora reflexionemos de forma personal

Pide a Jesús por las necesidades que tu familia y amigos estén pasando.
¿Cómo reflejas en la vida diaria tu comunión con Cristo?

Momento de silencio orante

2. Anunciamos tu Muerte

Cada vez que participamos en Misa, comulgamos o compartimos contigo momentos como este, revivimos el sacrificio que hiciste por nosotros en la cruz para salvarnos. Además, surge en nosotros el deseo de anunciar tus obras y tu Palabra, para que otras personas, nuestros amigos, amigas, familias y comunidades puedan acceder a este amor pleno, así como a la vida abundante que nos has dado con tu pasión y muerte.

"El sumo y eterno Sacerdote, entrando en el santuario eterno mediante la sangre de su Cruz, devuelve al Creador y Padre toda la creación redimida [...] Verdaderamente, este es el misterio de la fe que se realiza en la Eucaristía: el mundo, nacido de las manos de Dios creador, retorna a Él redimido por Cristo (Juan Pablo II, Carta Encíclica Ecclesia de Eucharistia, n. 8).

Te pedimos, Maestro, que nos enseñes a amar como tú, hasta el extremo de dar la vida por nuestro prójimo; nos acompañes mientras luchamos para parecernos un poco más a ti y dar un mejor testimonio de cómo nos has transformado; nos cuides en medio de las dificultades y nos ayudes a ver los designios de Dios en el camino, y que sepamos ver en nosotros mismos la dignidad de hijos e hijas que nos restableciste en la cruz.

Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, confórtame.
Oh, buen Jesús, óyeme.

Dentro de tus llagas, escóndeme.
No permitas que me aparte de ti.
Del enemigo malo, defiéndeme.
En la hora de mi muerte, llámame
y mándame ir a ti para que,
con tus ángeles y santos, te alabe
por los siglos de los siglos. Amén.

Ahora reflexionemos de forma personal

¿Cuáles de las actitudes de Jesús durante su pasión y cruz te llaman más la atención?
¿Cómo las pones en práctica y al servicio de tu prójimo?

Momento de silencio orante

3. Proclamamos tu Resurrección

Además de anunciar tu muerte, Señor, proclamamos tu resurrección y recordamos que has vuelto a la vida por cada uno de nosotros. “El sacrificio eucarístico no sólo hace presente el misterio de la pasión y muerte del Salvador, sino también el misterio de la resurrección, que corona su sacrificio. En cuanto viviente y resucitado, Cristo se hace en la Eucaristía pan de vida” (Juan Pablo II, Carta Encíclica Ecclesia de Eucharistia, n. 14).

Tu resurrección es el corazón de nuestra fe como discípulos tuyos, pues nos confirma como seguidores de un Dios vivo, activo y dinámico; es el alimento y motor de nuestra esperanza de estar contigo en el cielo, de lo cual hoy nos das una probada, y es un estímulo para vivir con mayor intensidad en la caridad por nuestro prójimo. Mediante este sacramento, recordamos este gran suceso de vida y renovamos nuestros ánimos para seguir dando testimonio de ti en nuestros diversos ambientes.

Así como removiste la piedra de tu sepulcro y el velo que impedía a los discípulos de Emaús reconocerte, te pedimos que nos libres de cualquier situación que nos aleje o impida acercarnos más a ti; al contrario, danos fuerza para perseverar en el crecimiento de las virtudes y en santidad, y haznos transparentes para que nuestras actitudes y acciones te muestren ante las demás personas, de manera que decidan ir hacia ti.

Ahora reflexionemos de forma personal

¿Qué te comunica la siguiente frase de san Ambrosio? “Si hoy Cristo está en ti, Él resucita para ti cada día” (ídem).

¿De qué maneras proclamas la resurrección de Jesús entre tu prójimo?

Momento de silencio orante

4. ¡Ven, Señor Jesús!

Este sacramento, misterio de la fe, nos permite ser partícipes por adelantado de lo que nos aguarda en el cielo: “Quien se alimenta de Cristo en la Eucaristía no tiene que esperar el más allá para recibir la vida eterna: la posee ya en la tierra como primicia de la plenitud futura, que abarcará al hombre en su totalidad” (Juan Pablo II, Carta Encíclica Ecclesia de Eucharistia, n. 18).

Por eso, es necesario que nos comprometamos a transformar nuestras vidas, para que toda ella sea eucarística: definida por el perdón a las ofensas del prójimo, el servicio desinteresado, el dominio de nuestras pasiones, la entrega absoluta hacia los demás, la caridad con quienes son pobres material y espiritualmente, la donación de todo lo que somos y poseemos, la búsqueda de la unión entre tantas divisiones, la perseverancia en las virtudes y el testimonio de nuestro amor por Dios.

Esperamos tu regreso, Señor, pero también sabemos que estás con nosotros "hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20); sin embargo, a veces, nos cuesta hallarte u olvidamos que eres nuestro fiel acompañante. Queremos poder encontrarte en todo momento, tanto en los malos, cuando se nos presenta la tentación de creer que nos abandonas, como en los buenos, en que corremos el riesgo de distraernos de nuestra necesidad de ti.

Hoy, estamos ante ti para aprender a ser conscientes de tu presencia permanente, en espera de tu regreso, pues para eso asumiste la forma del pan. "Contemplar a Cristo implica saber reconocerle dondequiera que Él se manifieste, en sus multiformes presencias, pero sobre todo en el Sacramento vivo de su cuerpo y de su sangre. La Iglesia vive del Cristo eucarístico, de Él se alimenta y por Él es iluminada" (ídem, n. 6).

Ahora reflexionemos de forma personal

Durante esta semana, ¿en qué momentos reconociste la presencia de Jesús?
¿Qué haces para prepararte en espera de que el Señor vuelva?

Momento de silencio orante

5. Contemplar a Jesús con María

Mirarte en la Eucaristía, Señor, es contemplar también tu muerte y resurrección, como María, que estuvo ahí cuando te entregaste por nosotros en la cruz y acompañando a los apóstoles mientras se consolidaba la Iglesia primitiva, después de tu Ascensión al cielo. Ella "puede guiarnos hacia este Santísimo Sacramento, porque tiene una relación profunda con él" (Juan Pablo II, Carta Encíclica Ecclesia de Eucharistia, n. 53).

En este mes dedicado a ella, mientras te contemplamos en la custodia, reflexionamos también sobre las virtudes de nuestra Madre, para tratar de imitarlas y hacerlas parte integral de nuestras vidas. "Puesto que la Eucaristía es misterio de fe, que supera de tal manera nuestro entendimiento y nos obliga al más puro abandono a la palabra de Dios, nadie como María puede ser apoyo y guía en una actitud como ésta" (ídem, n. 54).

Su fe incondicional para aceptar la voluntad y los planes del Padre, su diligencia ante una necesidad en las bodas de Caná, su disposición permanente a la acción de Dios Espíritu Santo durante su embarazo y maternidad, el intenso amor que te demostró en todo momento, su fuerza al pie de la cruz, su capacidad de guardar en su corazón todo cuanto vivía para meditarlo y su felicidad por haber creído (Lc 1, 45), son cualidades que harían nuestras vidas más eucarísticas y que hoy nos comprometemos a practicar.

Préstame, Madre, tus ojos, para con ellos mirar,
porque si por ellos miro, nunca volveré a pecar.
Préstame, Madre, tus labios, para con ellos rezar,
porque si con ellos rezo, Jesús me podrá escuchar.
Préstame, Madre, tu lengua, para poder comulgar,
pues es tu lengua materna de amor y de santidad.
Préstame, Madre, tus brazos, para poder trabajar,
que así rendirá el trabajo una y mil veces más.
Préstame, Madre, tu manto, para cubrir mi maldad,
pues cubierto con tu manto, al cielo he de llegar.
Préstame, Madre a tu Hijo, para poderlo yo amar;
si Tú me das a Jesús, ¿Qué más puedo yo desear?
Esa será mi dicha por toda la eternidad. Amén.

Ahora reflexionemos de forma personal

¿Con qué virtud de María te identificas más?
¿Cuál te comprometes a desarrollar a partir de hoy?

Momento de silencio orante

Intercesión de la Santísima Virgen María por los adolescentes y jóvenes

Por último, antes de concluir con nuestra Hora Santa, como sede de la Pastoral de Adolescentes y Juvenil, pidamos la intercesión de María, Madre de Jesús Eucaristía, el misterio de nuestra fe, así como de nuestra Iglesia, de manera que nos dispongamos para vivir este mes dedicado a ella y nos pongamos bajo su protección.

Madre Santísima, queremos pedirte que los adolescentes y jóvenes, particularmente los de

nuestra Arquidiócesis de Yucatán, desde la realidad en que se encuentren, puedan experimentar tu abrazo materno, cariño y calidez; que por tu testimonio de discípula y apóstol siempre orante, sepan encontrar su vocación y la vivan unidos a tu hijo, Jesús.

Oh, María,
tú resplandeces siempre en nuestro camino
como un signo de salvación y esperanza.
A ti nos encomendamos, salud de los enfermos,
que al pie de la cruz fuiste asociada al dolor de Jesús,
manteniendo firme tu fe.
Tú, salvación del pueblo romano,
sabemos lo que necesitamos
y estamos seguros de que lo concederás
para que, como en Caná de Galilea,
vuelvan la alegría y la fiesta
después de esta prueba.
Ayúdanos, Madre del Divino Amor,
a conformarnos a la voluntad del Padre
y hacer lo que Jesús nos dirá;
Él, que tomó nuestro sufrimiento sobre sí mismo
y se cargó de nuestros dolores
para guiarnos a través de la cruz
a la alegría de la Resurrección. Amén.
(Francisco, Carta a todos los fieles para el mes de mayo de 2020).

Bendición y Reserva.

Referencias Bibliográficas

FRANCISCO, JUAN PABLO II, Carta Encíclica Ecclesia de Eucharistia, 17 abril 2003.
FRANCISCO, Carta a todos los fieles para el mes de mayo de 2020.